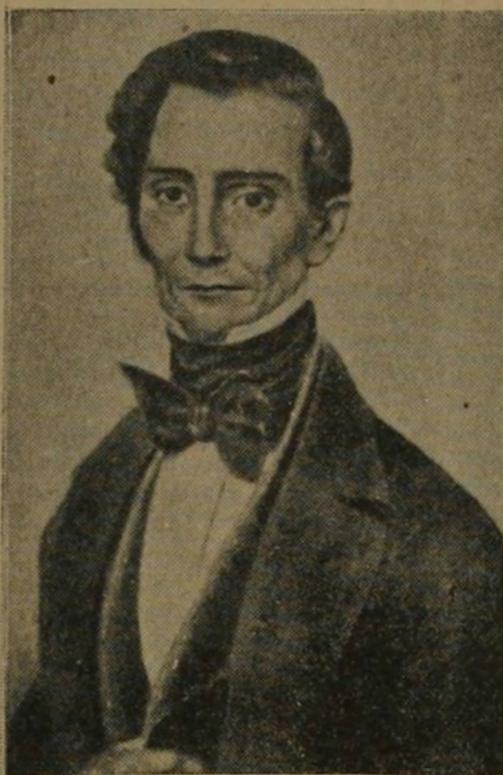


HOMBRES DE AMERICA

Cagigal

= De La Nación. Buenos Aires =



Juan Manuel Cagigal

Comenzada a pergeñar su biografía a la manera clásica, decimos: nació en Barcelona de Venezuela el 10 de agosto de 1803; se llamó Juan Manuel Cagigal; fue un gran matemático, político, literato, y accidentalmente, militar venezolano; murió en febrero de 1856. Ahora, conmemorando los centenarios de la muerte de Bolívar y de la Reconstitución de la República, se ha hecho una edición de las obras científicas y literarias de Cagigal. Las obras no son muchas y caben en un tomo, impreso en la "Tipografía Americana", de Caracas, año 1930. Las copiló y prologó, con muy cariñosa atención don Luis Correa, dueño de una sencilla y bella prosa.

Era Cagigal de familia de militares. Por ambas ramas el árbol genealógico brota en Capitanes generales y Auditores de Guerra. El padre, don Gaspar, nacido en Avila de los Caballeros, sólo llegó a Capitán a pesar de servir en diferentes regiones de la península y en Africa, antes de venir a Venezuela. "Era muy pagado de sí mismo y del lustre heredado de su nombre", aunque en el fondo "un tímido y un sentimental". Acaso por eso no llegó a más altos grados... Casó con una criolla "indolente, nerviosa, tocada de inexplicables ráfagas de melancolía. Por sus venas corría sangre francesa y cubana mezclada quizá con unas gotas de sangre aborigen". Al año de casados era don Gaspar Comandante Militar y Teniente de Justicia en la ciudad de Neverí. Allí nació Juan Manuel.

La insurrección del año 10 vino a romper la vida apacible de la Barcelona venezolana y su Comandante debió abandonar su mansa postura de militar agricultor para aceptar la presidencia de la Junta Gubernativa. Esto acaeció en abril de aquel año. El 5 de julio falleció repentinamente don Gaspar. Comenzaba la reacción realista y se achacó su muerte a un envenenamiento... La viuda y sus dos hijos pequeños trasladáronse, a poco, a Cumaná, buscando el arribo de un primo del fallecido don Gaspar, "íntegro servidor de la Corona" que, al regresar a España en 1816, llevóse a los muchachos para darles carrera. Del mayor, Alejandro, sólo recuerda la historia que ingresó en el Cuerpo de Húsares de Alcalá de Henares. Del menor, Juan Manuel, comienza su biografía elogiando lo precoz de su inteligencia. Sus compañeros conocíanlo por "el indiano" y lo querían por sus talentos, su carácter y sus "salidas" llenas de gracia y oportunidad. Antes de terminar sus estudios universitarios, después de la revolución de Riego, sus ideas liberales le obligaron a salir de España e irse a La Habana, donde gobernaba su tío homónimo. Este, en 1823, lo envió a Francia. Allí terminó Juan Manuel, con éxito, sus estudios, regresando a la patria el 29. "Al llegar a La Guaira—anota el citado Luis Correa—lo desconcierta el estado de atraso del país, el desembarco en un viejo bote a punto de zozobrar, el largo y penoso camino en una cabalgadura de alquiler que acierta a entrarlo en Caracas por una tarde de Carnaval, entre episodios grotescos que su pluma contará años después, a la manera de fray Gerundio de Campañas..."

El Rector de la Real y Pontificia Universidad, Dr. Vargas, se enamoró en seguida del trato del recién llegado y quiso hacerlo ingresar a los claustros para que enseñara matemáticas. El país no estaba para ello. El cuartel mandaba. La Universidad era casi un mito... Estaba en Cumaná Juan Manuel, cuando lo sorprendió allí la revolución de Caracas, 1830. El Congreso desconoció la autoridad de Bolívar, y resolvió separar a Venezuela del gobierno de Bogotá...

Cuando, en 1831, Cagigal regresó a la capital, abordó el problema de la fundación de una Academia de Matemáticas. Lo que aquella idea le costó no puede reseñarse en un capítulo. Baste saber, que al final, el Congreso dió un decreto favorable "y en atención a las reiteradas solicitudes del público, al que Cagigal había logrado encender en las llamas de las convicciones que lo dirigían", el Presidente dió otro, estableciendo

una Academia de Matemáticas "con sus aplicaciones a los trabajos civiles y a la ciencia de la guerra en la que se dará un curso previo de educación para los alumnos militares, un curso completo para su aplicación a los trabajos civiles y otro para los alumnos militares aspirantes al cuerpo de Ingenieros". Cagigal, fue el primer profesor. Segundo, el maestro don Rafael Acevedo. Y se instaló la Academia, o Instituto, pobrísimo de fondos. Trescientos pesos para el alquiler anual de la casa. Mil quinientos pesos para todos los demás gastos del año. Sin embargo, van a salir de allí grandes y útiles figuras que llenarán con sus hechos la historia de una nueva Venezuela. El Maestro, ni que decirlo, lo era todo. "Dotado de conocimientos universales, hijo de la Enciclopedia, formado en las disciplinas clásicas de los normalistas franceses y de la Escuela de Puentes y Calzadas, cuyos reglamentos adapta a la Academia, Cagigal es, hasta hoy, el hombre que mayor cantidad de trabajo y de eficientes redimientos ha producido a la nación por la menor suma de sacrificios para el Estado".

En el Curso Preparatorio se enseñaba gramática, retórica y filosofía, y los que concurren a escuchar sus lecciones dieron a la Academia una mayor acción directa sobre el gusto de la época y la cultura general de Venezuela.

Cagigal, con el poco dinero que le asignan, realiza prodigios. El primer año compra muebles, libros, pizarras y un barómetro. Con un auxilio extraordinario que después le presta el Congreso, de dos mil pesos, compra en Londres instrumentos por valor de mil, y en París, libros por otros mil, con los que comenzó a crear una gran biblioteca.

En 1832 la Academia de Cagigal expidió los primeros títulos de agrimensores. En 1835 la guerra civil interrumpió los estudios y hubo que tomar las armas en defensa de las instituciones. Cagigal, comandante de artillería, es citado varias veces en la orden del día. Era, como dijimos fruto de un árbol donde florecieron, y fructificaron, con abundancia, militares y auditores de guerra. Él aplicaba sus matemáticas a la artillería con una precisión de sabio. Él fue, acaso, el héroe real del sitio de Puerto Cabello.

Vencida la revolución, volvieron a abrirse las puertas de la Academia. Cagigal, renunciando a toda contribución del Gobierno, "porque la Patria está pobre", multiplicaba su esfuerzo. "Para

sus tareas no había descanso; los domingos y jueves daba una clase de química industrial; asistía a las sesiones de la Diputación Provincial para ocuparse del trazado del camino de Aragua y en general del problema de las vías de comunicación; leía un curso de literatura en la Universidad; por dos veces ascendía a la Silla del Avila intocada después de Humboldt y Bompland; pintaba a la acuarela; herborizaba; apoyaba, eficazmente, la iniciativa de crear una Biblioteca Pública; se interesaba por los trabajos corográficos de Codazzi; traía y montaba en su casa una prensa litográfica; ensayaba, el primero, los procedimientos científicos de Daguerre; fundaba, en fin, el 9 de marzo de 1839, un semanario, el *Correo de Caracas*, inolvidable en los archivos del periodismo venezolano por sus equilibradas tendencias innovadoras". La mayoría de los escritos de Cagigal aparacene en este periódico y gracias a él se salvan hasta llegar a la primera copilación que nos ocupa. Escritor científico, no desdeñó la literatura cuando la ocasión se hizo presente. Cómo veía Cagigal el periodismo, se explica con sólo recordar aquel comienzo de su artículo *Quiero ser representante*, en que asegura que el punto fijo que buscaba Arquímedes era la prensa periódica. "A Bolívar—decía—este héroe de la América del Sur, cuya altiva frente se vió orlada de inmarcesible laurel, y que cual otro Atlante sostuvo sobre sus hombros el peso de un nuevo mundo con admiración del antiguo, ¿quién sino la imprenta lo derribó de la alta cumbre a que lo alzaron su genio y sus victorias?..."

Entre burlas y veras Cagigal sabe decir las palabras que son necesarias en el momento. Castiga y sonríe con la eficacia de un hombre culto a quien la cultura no ha apagado el ímpetu sagrado de la sinceridad. Cuando tropieza con un tonto en un alto cargo de la República—caso frecuente—busca y encuentra la manera de decirselo, pues no hay por qué ocultar a los altamente colocados que se les ve las orejas puntiagudas a pesar de cuanto esmero pongan en ocultarlas. No hay sombrero de copa capaz de esconder las orejas de un buen burro...

Senador o Diputado por Caracas, Cagigal fue un representante que trabajó eficazmente. La Dirección General de Escuelas, base del actual Ministerio, es obra suya. Fue, como el Sarmiento nuestro, un obsesionado por la difusión de la instrucción popular y de la buena formación de artesanos. Él sabía cuánto se logra con ello y cómo el mal de entonces—como el mal de ahora—es la falta de instrucción popular, de educación ciudadana y de habilidades manuales que hacen al hombre independiente y digno.

Era presidente de la Comisión del Senado que orientó y estabilizó el crédito pública venezolano; escribía; daba sus clases y aun tenía tiempo para redactar su *Curso de Astronomía*, atender sus obligaciones sociales "a las que era muy dado" y subir casi diariamente al Cerro del Calvario.

¿Un hombre como Cagigal iba a quedar libre de los envidiosos e impotentes? Tildáronlo de "godo"—gran insulto en aquellos días—porque era sobrino del brigadier español Cagigal, Don Juan Manuel, su homónimo y protector. A eso él contestó: "No decanto servicios, ni creo tampoco que la memoria y simpatías que ha dejado en esta tierra Don Juan Manuel Cagigal sea usted capaz de mancillarla. Los hombres buenos, benignos y humanitarios, no dejan de serlo aunque hayan sido españoles, como por el contrario, los malos lo serán siempre en todas partes. Los que carean servicios y patriotismo son, por lo regular, los que más carecen de estas estimables dotes, así como está probado que los baladrones son siempre cobardes".

Cagigal está enfermo. Ha gastado su organismo en una labor sin descanso. Para procurar una mejoría se piensa en un viaje a Europa. Nómbrasele Secretario de la Legación en Londres. De paso, hace una escala en los Estados Unidos. "Con legítimo orgullo escribe desde la metrópoli del Norte al General Soublette, participándole que ha asistido a los exámenes de West-Point y